

del espacio domestico en las comunidades de la prehistoria reciente del nordeste de Iberia

*Paloma Gonzalez Marcén,
Sandra Montón Subías
Marina Picazo Gurina*

Resum: En aquest article s'analitzen els canvis que experimentà l'organització de les activitats de manteniment en els assentaments litorals i prelitorals del nord-est de la península Ibèrica, des del segle VIII fins el segle III aC, i el que implicaren aquestes transformacions en les pautes de mobilitat de les dones. Amb aquest objectiu, es considera l'evidència arqueològica dels assentaments del Bronze final i de l'Edat del Ferro al Vallès i l'Empordà. Aquests canvis es posen en relació amb el marc sociopolític del període, caracteritzat per la presència colonial, tant en la seva dimensió estrictament comercial com en la creació de models culturals/materials visualitzats en els establiments colonials grecs de la costa empordanesa.

Resumen: En este artículo se analizan los cambios que experimentó la organización de las actividades de mantenimiento en los asentamientos litorales y prelitorales del nordeste de la península Ibérica, desde el siglo VIII hasta el siglo III a.C., y lo que estas transformaciones implicaron en las pautas de movilidad de las mujeres. Para ello se considera la evidencia arqueológica de asentamientos del Bronce Final y de la Edad del Hierro en las áreas del Vallès y del Empordà. Estos cambios se ponen en relación con el marco socio-político del período, caracterizado por la presencia colonial, tanto en su dimensión estrictamente comercial, como en la de creación de modelos culturales/materials visualizados en los establecimientos coloniales griegos de la costa ampurdanesa.

Abstract: In this paper we analyze the changes in the organization of maintenance activities in coastal and precoastal settlements of northeast Iberia, between the 8th century and 3rd century bc and their implications for the mobility of women. Specifically, we examine the archaeological evidences from Late Bronze Age and Early Iron Age settlements of the Vallès and Empordà regions. These changes are related to the socio-political background of that period, characterized by the colonial presence, both in its commercial dimension, and in terms of the creation of cultural model evidenced in the Greek colonial settlements of the Empordà coast.

Espacio y movilidad en la vida cotidiana

Lo cotidiano va inexorablemente unido a aquello que se hace todos los días en los mismos lugares. Es decir, la vida cotidiana necesita, para concebirse como tal, actividades y espacios reiterados y recurrentes. La reiteración, la existencia de un ritmo estable de las acciones humanas requiere un armazón de relaciones y de elementos materiales que aseguren su replicabilidad. Esta red de relaciones que asegura y gestiona las condiciones materiales que hacen posible la cotidianeidad articula lo que hemos venido denominando *actividades de mantenimiento* (González Marcén y Picazo 2005; Montón 2005). De modo esquemático, el patrón básico de estas actividades incluye los trabajos relacionados con la alimentación, la salud, el cobijo, el bienestar y la curación e higiene, requieren un bagaje de conocimientos especializados y unas prácticas tecnológicas y simbólicas específicas. Además, se relacionan con todas las formas de cuidado que crean y conservan las relaciones sociales interpersonales, las que conforman y sostienen la práctica cotidiana de los grupos humanos. Precisamente estas tareas de mantenimiento aseguran la posibilidad de reiteración

y de recurrencia de todas las actividades del grupo y que los cambios en estas últimas se canalicen en nuevos modelos de reiteración y recurrencia, es decir, en nuevas formas de gestión de la cotidianeidad.

Como ya se ha apuntado en otros trabajos, los conjuntos arqueológicos y la cultura material conforman un campo de evidencia fundamental para las actividades de mantenimiento en cuatro sentidos básicos. En primer lugar, por las propiedades de los artefactos arqueológicos en tanto que instrumentos de las tecnologías domésticas o de mantenimiento (Spector 1983; Hendon 1996); en segundo lugar, por su función de mediación en las relaciones sociales (Spector 1991; Gilchrist 1994); en tercer lugar, por la disposición de objetos y actividades en el espacio (Nevett 1994; Hendon 1996; Curià *et alii* 2000); y, por último, por la asociación de todo ello con acciones reiteradas y concretas, es decir, con la escala básica de temporalidad social, la cotidianeidad, que se conforma así como la escala temporal propia de las actividades de mantenimiento (Lyons 1991; Picazo 1997).

Desde la perspectiva de los estudios históricos, y dejando de lado los sesgos explícitamente

te androcéntricos de la investigación en ciencias sociales que ha relegado el estudio de las actividades de mantenimiento por su asociación histórica y sociológica a las mujeres, la dificultad de analizar y valorar la importancia estructural de las actividades de mantenimiento en la perduración y el cambio de las comunidades humanas se ha debido precisamente a la escala temporal que da forma narrativa a los discursos históricos dominantes. El paradigma clásico, tanto de la historia social (las escuelas de *Annales* y materialista-histórica) como de la arqueología social (las arqueologías funcionalista y marxista), parte de un concepto de cambio no apreciable en la escala básica (cotidiana) de interacción social, que es, como hemos apuntado, la escala donde son visibles las actividades de mantenimiento y sus transformaciones. En esta escala temporal del día a día no resulta tan relevante proponer períodos o ciclos, sino ritmos, actividades o mecanismos, conceptos dinámicos todos ellos pero que carecen de articulación con los habituales conceptos generales de cambio. Esta ausencia de engranaje explica la existencia de una literatura histórica "de la vida cotidiana" con un contenido autónomo en relación con la literatura histórica general.

En la gestión de este tiempo cotidiano las mujeres han tenido que moverse entre diferentes lugares para asegurar el mantenimiento de los grupos a partir de las actividades de producción y reproducción de la vida. Pero en muchas sociedades históricas su movilidad se ha visto limitada por ideologías sobre la sexualidad que a menudo se han convertido en ideologías sobre cual debe ser el comportamiento apropiado de las mujeres, fijando y asegurando el entramado de la desigualdad entre los roles sexuales. Evidentemente, se han dado muchas variantes en esas ideologías y pautas de comportamiento, pero parece que, en muchos casos, han tratado de restringir la movilidad de las mujeres.

La autonomía de movimiento de las mujeres ha variado mucho a lo largo de la evolución histórica. Creemos que mientras las actividades de las mujeres se consideraron parte esencial del trabajo productivo del grupo, su movilidad era indispensable para el necesario cumplimiento de esas tareas. Entre las bandas de cazadores-recolectores, la movilidad abierta de las mujeres que recogían los recursos vegetales era un factor clave en la supervivencia del grupo. En períodos prehistóricos posteriores, probablemente las mujeres se movían

de forma relativamente libre en un espacio más restringido, el del poblado y su territorio inmediato. De todos modos, es muy posible que fuese en las primeras comunidades campesinas donde se estableciesen tipos de especialización del trabajo basados en el sexo y se iniciasen formas de sedentarizar a las mujeres más que a los hombres, confinándolas de manera gradual a un espacio delimitado que se ha tendido a homologar con el contexto doméstico. Probablemente en ese período emergieron las primeras ideologías que relacionaban la movilidad independiente con la sexualidad femenina y sus potenciales peligros (Hernando 2002).

Las restricciones sobre las mujeres aumentaron en las sociedades complejas, donde se definieron nuevas formas de división del espacio de los asentamientos con usos diferenciados entre hombres y mujeres. Las mujeres pasaban la mayor parte de sus vidas físicamente en el interior de la casa y sus salidas al exterior exigían razones que explicasen la excepción a la norma de inmovilidad¹. En cambio, la vida social “pública” se centraba en las actividades y en la movilidad de los hombres. Paralelamente se reforzaban las ideas sobre el comportamiento adecuado de las mujeres, a

veces vinculado a las diferentes fases de su ciclo vital. Al separar las actividades de las mujeres de las de los hombres, tanto física como simbólicamente, se crearon esferas espaciales y de movilidad masculinas y femeninas cada vez más diversas y desiguales.

Así pues, podemos asumir que la movilidad y la organización técnica y simbólica del espacio social se hallan estrechamente relacionadas con la gestión de la cotidianidad y con las construcciones ideológicas que la representan. En nuestro contexto cultural, el componente espacial de la “vida cotidiana” tiende a equipararse con un espacio delimitado en su uso y visualización a la unidad familiar (la casa o el *domus*), ya que se supone que es su emplazamiento “natural”. Por tanto, todo aquello que se relaciona con la temporalidad, las actividades y las prácticas sociales de lo doméstico, constituiría la esfera privada, sexuada por supuesto, frente a la esfera pública, considerada masculina por excelencia, dedicada a formas de actividad, tiempos y relaciones sociales suprafamiliares y visibles, diferentes a los considerados privados y cotidianos. En la mayor parte de las sociedades históricas se le concede a la esfera pública el papel predominante y de mayor presti-

gio en el desarrollo social. La dicotomía entre "público" y "privado", que de forma creciente ha entrado en crisis, ha tenido importantes consecuencias para los estudios de la vida cotidiana y para su consideración (Reverby y Nelly 1992). Al ser analizada con el referente de la "vida pública", y al ser un tiempo y espacio fundamentalmente femeninos, ha sido y sigue siendo frecuentemente connotada como una historia lateral, de menor interés, originalidad e iniciativa, por tanto, de menor ritmo de progreso, estancada en un ritmo sin fin de tareas, gestos y relaciones al parecer sin impacto en los procesos que realmente transforman el mundo.

Sin embargo, los espacios de la cotidianeidad que se manifiestan en la organización material de las actividades de mantenimiento presentan procesos de construcción histórica complejos y cambiantes, sin que exista una correlación funcional necesaria con su delimitación espacial en unidades arquitectónicas discretas. Precisamente, tanto las investigaciones arqueológicas como las etnográficas, muestran soluciones organizativas diversas en las que la gestión de la cotidianeidad no se estructura en torno a las casas, sino en torno a los espacios comunitarios. Por tanto, el modelo que

ubica a las actividades de mantenimiento (o a gran parte de éstas) en espacios estancos, separados los unos de otros, es más el producto de decisiones sociales generales que afectan a las actividades y la movilidad de las mujeres, que a una necesidad, podríamos decir que logística, de estas actividades.

Así pues, los cambios en la movilidad de las mujeres en las sociedades del pasado deben haber tenido una expresión espacial en el ámbito por excelencia de la vida cotidiana, el de las actividades de mantenimiento y, en definitiva en la creación y organización de modelos de unidad doméstica y de su reproducción. Cambios y transformaciones que afectan de forma profunda la estructura de las sociedades y conforman la base humana y material para los cambios políticos y macroeconómicos.

Partiendo de estos presupuestos, en este trabajo presentamos una aproximación a los cambios que se suceden en la arquitectura doméstica en los asentamientos del nordeste de la península ibérica entre los siglos VIII y III a.C., período que coincide con la presencia colonial, primero fenicia y, posteriormente, griega en las costas mediterráneas. La evidencia arqueológica señala transforma-

ciones significativas en la distribución de los restos arqueológicos relacionados con las actividades de mantenimiento desde el final de la Edad del Bronce y durante la Edad del Hierro en dos fases sucesivas. En un primer momento, entre los siglos VII y VI a.C., se abandonan los asentamientos en llano (en el Vallés) o en pequeñas elevaciones (en el Empordà) compuestos por cabañas o grupos de cabañas contruidos con materiales no duraderos pasando así a la construcción de casas rectangulares con espacios abiertos compartidos. En una segunda fase, desde el siglo IV a.C., asistimos, al menos en casas de gran tamaño, a la transformación de los espacios relacionados con las actividades de mantenimiento que se ubican en zonas interiores de las casas con formas de acceso restringido a la comunicación y a la visibilidad desde el exterior.

La primera influencia colonial, relacionada con la circulación de materiales exóticos a lo largo de los siglos VII y VI a.C., probablemente tan sólo agudizó un proceso interno tendente a la especialización de los espacios y a la nuclearización de los asentamientos. En cambio, a partir del siglo V a.C., la presencia continuada de los asentamientos coloniales debió provocar en las

comunidades indígenas procesos de emulación, sobre todo entre las élites locales que adoptaban elementos de la cultura material colonial especialmente en aspectos relacionados con la exhibición de elementos simbólicos de estatus y prestigio social. Proponemos en este trabajo que las transformaciones en la concepción del espacio del asentamiento provocaron el paulatino debilitamiento de los circuitos de movilidad propios de las actividades de mantenimiento en las comunidades campesinas de esta zona del litoral y prelitoral mediterráneo peninsular, que se remontaban a la consolidación del poblamiento agrícola del III milenio, y su sustitución por circuitos de movilidad restringida de las mujeres, más cercanos al modelo mediterráneo de separación de espacios privados y espacios públicos.

Movilidad y espacios domésticos en el final de la Edad del Bronce y principios de la Edad del Hierro en el noreste de la península Ibérica

La principal forma de asentamiento en las zonas agrícolas del litoral y prelitoral del noreste de la península ibérica desde el neolítico hasta casi mediados del Ier milenio a.C. se caracteriza por la presencia de agrupaciones de numerosas fosas

excavadas en la tierra y la ausencia de estructuras de construcción sólida (Pons 1984; Marcet y Petit 1985; Pons 1986; Frances y Pons 1998). Existe unanimidad entre los investigadores en que la mayor parte de estas fosas eran usadas en primera instancia como depósitos de productos agrícolas, mientras que algunas de ellas, de mayor superficie y menor profundidad, son interpretadas como espacios de vivienda, los llamados fondos de cabaña. Para este tipo de yacimientos, habituales no sólo en esta zona del litoral mediterráneo sino también en el interior de la península ibérica y en muchas otras zonas del continente europeo, predomina una interpretación de su organización social en términos poco definidos como "de poblamiento disperso" o de "granjas familiares", debido tanto a la dificultad que entraña entender un modelo de organización del espacio radicalmente diferente al regido por criterios urbanísticos, como a las características de un tipo de construcciones realizado con materiales perecederos. Por otra parte, se da gran énfasis a la lectura económica de los restos biológicos contenidos en las fosas en relación a la importancia de ciertos cultivos o prácticas ganaderas en los diferentes asentamientos y a la de los materiales cerámicos y metáli-

cos presentes en los silos reutilizados como basureros para establecer filiaciones tipológicas y circuitos de intercambio. Como consecuencia, esta forma de poblamiento queda exclusivamente caracterizada como propia de establecimientos eminentemente agrícolas cuya organización social es caracterizada mecánicamente, siguiendo postulados de los tipos sociopolíticos tradicionales, sin profundizar en sus mecanismos reales de funcionamiento, tal como se muestra en un reciente trabajo sobre la necrópolis asociada al asentamiento de Can Roqueta, yacimiento del que hablaremos extensamente más adelante (López 2005: 507):

"El modelo de hábitat característico del paraje de Can Roqueta se debe definir como un asentamiento disperso formado por pequeñas granjas que se encuentran diseminadas en el territorio. La cuestión fundamental es que este modelo se mantiene inalterable a lo largo de todo el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro. En este contexto, la familia es la estructura social y productora más relevante y las relaciones de tipo parental que existen entre ellas, junto con las alianzas dentro y fuera de la comunidad, son el medio básico a partir del cual se integra y se estructura la vida social. Esto equivaldría a una

*estructura clánica convencional o más probablemente a una agrupación patrilineal segmentada de ésta*², donde un grupo de familias se ayudan entre sí en situaciones económicas relacionadas con la subsistencia y sociales como la defensa común (Johnson y Earle 2003: 235). Por tanto, a pesar de que estas unidades domésticas funcionarían autónomamente, se puede prever en determinadas ocasiones la cooperación entre las diferentes granjas que forman el asentamiento, así como la organización y gestión de los recursos, de los excedentes producidos, de la defensa y de los bienes colectivos como pueden ser los animales para trabajar en el campo o destinados a la procreación del ganado (...)."

Aunque sin duda son fragmentarios los datos con los que contamos para este tipo de asentamientos, precisamente en el yacimiento de Can Roqueta, en la depresión prelitoral central de Cataluña, se excavó hace pocos años una amplia área (sector DIASA) con más de cien fosas de características diversas, mayoritariamente correspondientes al final del II milenio a.C. y el primer tercio del 1er milenio a.C. (González Marcén *et alii* 1999). A pesar de las dificultades que entraña discernir áreas de actividad en yacimien-

tos de los que la mayor parte de la información procede de acumulaciones de desechos, se ha podido establecer un marco organizativo general de las actividades que se llevaban a cabo en el poblado, así como los cambios que experimentó en sus momentos finales, coincidiendo con el momento de transición del Bronce Final a la Edad del Hierro, probablemente a finales del siglo VI a.C.

Concretamente, en la fase del Bronce Final (aprox. 1200-750 a.C.) del sector DIASA del yacimiento de Can Roqueta se identificaron, junto a silos de almacenamiento amortizados, diversas estructuras ovales, de entre 7 y 9 m² de superficie (Figura 1), que se diferencian claramente de las estructuras de almacenamiento, más estrechas y profundas (Figura 2), y que se asocian a agujeros de poste que debieron sustentar un techado de troncos y ramas. Sus paredes estarían revocadas con barro, tal como muestran los abundantes hallazgos de barro con improntas de entramado de ramas y cañas, y, en su interior, se documentan estructuras de combustión en pequeñas cubetas que, por sus características, parecen destinadas a caldear el interior de los estos recintos, mientras que los dispositivos de combustión destinados a la



Fig. 1. *Cabaña circular (CR-37) del yacimiento del Can Roqueta (Sabadell, Barcelona).*



Fig. 2. *Fosa doméstica amortizada como basurero (CR-83) del yacimiento de Can Roqueta (Sabadell, Barcelona).*

transformación de alimentos se situarían en el exterior (Figura 3). También se han localizado otras estructuras techadas, de dimensiones más reducidas, que se asociarían al consumo alimentario y a diferentes tipos de producción, dada la presencia de punzones, molinos, etc. En este sector de Can Roqueta se han documentado también hornos de cámara para los cuales se ha descartado un uso para la producción alfarera, dado que los análisis tecnológicos realizados sobre los contenedores cerámicos del asentamiento muestran una cocción propia de hornos abiertos (Colomer 1999), por lo que resulta verosímil que se utilizaran en el cocinado de alimentos. Como ya hemos comentado,

resulta difícil determinar de forma unívoca el uso que tuvieron todas y cada una de estas estructuras, pero sí que puede afirmarse la existencia de un modelo centrífugo de organización de las actividades de transformación y consumo alimentario, de producción textil y metalúrgica y de cobijo. Parece evidente que la organización material de los espacios de consumo y trabajo habría exigido una gran movilidad de sus habitantes en todo el área del asentamiento y que, con seguridad, gran parte de las tareas cotidianas, por no decir todas excepto el descanso, implicaba trasiegos de ida y venida entre los diferentes espacios y, probablemente, la realización comunitaria de

Fig. 3. Suelo de un horno exterior (CR-60) del yacimiento de Can Roqueta (Sabadell, Barcelona).



muchas de las actividades de mantenimiento como la cocción de alimentos en los hornos.

Así pues, en el final de la Edad del Bronce, la estructuración de la vida cotidiana en los asentamientos y su espacio social del litoral y prelitoral de la actual Cataluña parece haber estado regida por los ritmos y necesidades de las actividades de mantenimiento, tal como muestran la inexistencia de espacios cerrados especializados y la dispersión y yuxtaposición de indicadores de actividades productivas y de mantenimiento en todo el área estudiada. De hecho, todo el conjunto del asentamiento podría caracterizarse como una única área doméstica (Colomer *et alii* 1998; González Marcén y Masvidal 1999).

Sin embargo, durante el corto período de ocupación del asentamiento en el que ya están presentes materiales de procedencia fenicio-púnica (el período denominado en esta zona Hierro Inicial, aproximadamente del 750 al 550 a.C.) se constata ya un ligero cambio en el modelo de organización espacial. Coincidiendo con el significativo aumento del volumen de los silos destinados al almacenamiento agrícola, los indicadores de ciertos tipos de producciones artesanales (por ejemplo, los

relacionados con la producción textil y metalúrgica y los contenedores de almacenamiento de productos no relacionados con la agricultura), se muestran agrupados y distanciados de las áreas de consumo alimenticio y de descanso y cobijo.

Parece así iniciarse un gradual desplazamiento de las actividades de mantenimiento de su papel de vertebradoras de la organización del espacio en estas comunidades tal como muestra una disposición espacial escindida y un crecimiento de la capacidad de producción de cereal. Esta nueva situación precede de forma inmediata al abandono del asentamiento y a la ubicación de los poblados en otros lugares que se producirá en momentos posteriores, ya en el siglo V a.C.

Este cambio se documenta también en asentamientos, tanto de la depresión central catalana como del área del Empordà, como por ejemplo en la Illa d'en Reixac, l'Illa de Sant Martí d'Empúries, Mas Gusó, todos ellos yacimientos del Hierro Inicial con formas constructivas consistentes en cabañas ovales o circulares de materiales perecederos y que continúan la tradición del Bronce Final en su ubicación en elevaciones de poca altura o en penínsulas

situadas en la zona entre el mar y las marismas, como recuerda el propio nombre de *illes*. Posteriormente, a partir de mediados del siglo VI a.C. aparecen en algunos de estos asentamientos casas rectangulares construidas con materiales duraderos como piedra o tapial que anuncian las fases iniciales del modelo urbanístico ibérico, como en el caso del yacimiento de Can Xercavins, en la comarca del Vallés (Frances *et alii* 1995), o de la Illa d'en Reixach, en el Empordà (Martín *et alii* 1999).

Las cronologías que se barajan por parte de los equipos de investigación de estos yacimientos apuntan a la perduración hasta entrado el siglo VI a.C. del modelo de asentamiento bien documentado en el Bronce Final y Primera Edad del Hierro de Can Roqueta con una tendencia paulatina hacia la adopción del modelo arquitectónico de casas rectangulares de piedra, probablemente asociado a unidades de mantenimiento individualizadas. Concretamente entre el 550 y el 450 a.C. en l'Illa d'en Reixach —fases II y III— y entre el 475 y el 375 a.C. en Can Xercavins —fase I— se han excavado niveles de ocupación donde conviven cabañas ovales de material perecedero y construcciones rectangulares de piedra. El carácter transicional de

estas fases en relación a los dos modelos queda descrito perfectamente por los investigadores de l'Illa d'en Reixach cuando describen las características urbanísticas de la fase III, que podría considerarse la antecedente directa de la organización del espacio habitado en *insulae* (López 1999: 316):

"[...] no puede asegurarse que el urbanismo de este momento tuviera ya el grado de organización de tendencia ortogonal que caracterizará las fases posteriores. La impresión es (...) de un urbanismo más laxo con muchos más espacios sin edificar y sin estructurarse en *insulae* extensas. Esto no implica que determinados ejes de circulación (...) no hayan estado operativos desde esta fase o antes (...) por lo cual podría confirmarse que durante este periodo o antes comienzan a gestarse las bases de la implantación urbanística posterior."

De hecho y como veremos, la separación entre áreas de actividades de mantenimiento y lugares de producción, la aparición de las bases de organización espacial que habrán de permitir el control del excedente y la introducción de nuevas técnicas y modelos constructivos, son características definitorias de los nuevos asentamientos en el período ibérico.

El espacio doméstico en los poblados ibéricos del nordeste peninsular

Como ya se ha mencionado, el comercio colonial, procedente del Mediterráneo central y oriental, se inició en las costas del NE peninsular a finales del siglo VII a.C., como demuestran los hallazgos de vasos y ánforas fenicios y etruscos en asentamientos indígenas. Hacia el 600 a.C. gentes griegas procedentes de la ciudad de Focea establecieron una colonia en la desembocadura del río Ródano desde donde crearon una ruta comercial hacia el interior de Francia. Pocas décadas después se fundó un nuevo establecimiento en Emporion, en la costa catalana, que durante el siglo VI a.C. parece haber estado estrechamente ligado a los intereses del comercio y la navegación masaliotas. Progresivamente, a partir del siglo V a.C. la factoría ampuritana fue creando sus propias redes de intercambio y comercio con las poblaciones indígenas por las que circularon durante siglos objetos griegos, fenicio-púnicos e ibéricos hasta el Rosellón y el Languedoc occidental por el norte y en amplias zonas de la región mediterránea peninsular hacia el sur. Tanto el comercio fenicio y etrusco como la presencia colonial directa de los griegos constituyeron las pri-

meras formas estables de interrelación entre las poblaciones indígenas del Extremo Occidente mediterráneo y gentes procedentes de las ciudades estado de las zonas central y oriental de la misma cuenca. Las causas y consecuencias a largo plazo de esos encuentros mediterráneos han sido el objetivo principal de los estudios sobre la colonización en el Mediterráneo antiguo. En general ha dominado en la narrativa histórica la idea de que la interrelación colonial tuvo importantes consecuencias socio-políticas para las poblaciones indígenas de la Europa Occidental. Se trata de una narrativa que parte de la hipótesis de que los procesos coloniales produjeron un efecto de progreso social en los "colonizados", a través de la "misión" civilizadora de la cultura que colonizaba, fuese fenicia, griega o romana. De hecho, como se ha señalado recientemente (Dietler 2005), el colonialismo occidental moderno tiene como relato fundacional la historiografía sobre la actividad colonial grecorromana y su influencia sobre las poblaciones "bárbaras", que expresa en forma de relato histórico otra versión de las ideas etnocéntricas de superioridad de las culturas europeas sobre las demás.

Desde ese punto de vista, el surgimiento de la serie de procesos

culturales que llamamos "ibéricos" que se desarrollaron en la segunda mitad del I milenio a.C., en una amplia zona de la costa mediterránea desde el Languedoc, Cataluña, Valencia, Murcia hasta gran parte de la actual Andalucía, se ha atribuido generalmente a la influencia directa de la "aculturación" colonial. Es indudable que las actividades e intercambios ligados a la presencia en la Península de mercaderes y colonos griegos, fenicios y cartagineses tuvieron un papel fundamental en algunos aspectos del desarrollo de las culturas ibéricas, aunque, como han apuntado algunos trabajos recientes debemos tener cautela a la hora de establecer vínculos mecánicos en las lecturas sobre la influencia colonial y las transformaciones de las sociedades indígenas en los siglos prerromanos (Stein 2005).

Las poblaciones ibéricas, pese a su gran diversidad geográfica y cultural, compartieron ciertos rasgos comunes que relacionamos con formas específicas de cultura material: desarrollaron un sistema de asentamientos fortificados sobre elevaciones, los *oppida*, crearon formas artísticas y simbólicas propias, y compartieron estructuras lingüísticas de origen común con sus correspondientes sistemas de escritura. Realizaron activi-

dades económicas basadas en la explotación de los recursos agrícolas, ganaderos y mineros de sus territorios. Además llevaron a cabo intercambios a escala local, regional y con los asentamientos coloniales griegos y fenicio-púnicos establecidos en determinadas zonas de las costas peninsulares. Entre las innovaciones tecnológicas procedentes del mundo colonial adoptadas por los grupos ibéricos se citan la metalurgia del hierro, nuevos cultivos y técnicas agrícolas, su escritura, el torno alfarero, orfebrería, técnicas y motivos artísticos. También se ha señalado la influencia griega o fenicia en los cambios del urbanismo y la arquitectura ibéricos. Más recientemente, se ha estudiado la asimilación ibérica de formas rituales mediterráneas, como la comensalidad ligada al consumo del vino (Olmos y Griño 1985). Hasta el momento, sin embargo, no se ha prestado atención a las consecuencias que pudiera haber tenido la adopción de elementos culturales tan diversos en el contexto espacial ligado a la vida cotidiana, a pesar de que, como en tantos otros casos, es el que presenta un registro arqueológico más abundante. Especialmente los poblados ibéricos más próximos al territorio de las dos colonias griegas en la península Ibérica, Empúries y Roses, pre-

sentan condiciones específicas que favorecen este tipo de análisis. Se encuentran en el territorio que fuentes antiguas asignaban a la tribu ibérica de los indiketes y en algunos casos, como el de los *oppida* del Puig de Sant Andreu y la Illa d'en Reixac, en Ullastret y de Mas Castellar, en Pontós (Martín 2000; Martín *et alii* 1999, Buxó *et alii* 1998; Pons 2002) se han realizado campañas sistemáticas de excavación desde hace muchos años. Se trata de una de las regiones agrícolas más ricas de NE peninsular y ocupa una posición estratégica como zona de paso y de contactos desde la prehistoria.

En esta zona, a partir del siglo VI a.C., las poblaciones del Hierro Inicial que vivían en pequeños poblados de cabañas dispersas se desplazaron gradualmente por las zonas llanas que dominan el territorio ampurdanés. Algunos establecimientos se abandonaron, al tiempo que aparecían nuevos poblados en cuya localización y organización interna se priorizaba, en contraste con estrategias anteriores, el acceso a los principales ejes de comunicación fluviales y marítimos, así como a las rutas terrestres que conectaban las diversas partes de la región con la zona colonial griega. De esta forma, algunos poblados: Castell-La Fosca, Sant

Sebastià de la Guarda, se situaron en lugares próximos a los mejores embarcaderos marítimos, y otros: Puig de Sant Andreu, Illa d'en Reixac, Sant Julià de Ramis, Mas Castellar, Perejada, a lo largo de los cursos fluviales con mejor accesibilidad a la costa donde se encontraban Emporion y, desde el siglo V a.C., otra factoría griega, Roses.

Estos dos centros griegos debieron de ser, como indican las fuentes antiguas, típicas ciudades coloniales, con una fuerte presencia indígena. Con todo, se mantenían, como atestigua la cultura material, prácticas de relación social griegas que actuaban como parte de las estrategias político-ideológicas de dominación colonial. En ese sentido y, según parece desprenderse de los últimos estudios realizados sobre el poblamiento ibérico en el territorio ampurdanés, Empúries aumentó gradualmente su control sobre parte de las antiguas ordenaciones territoriales indígenas lo que provocó la transformación de las antiguas estrategias sociales de control territorial (Curià *et alii* 2000).

En cuanto al sistema social, la dinámica productiva que se implementó a partir de los siglos V-IV a.C., provocó un aumento de las diferencias sociales que existían previamente en las

poblaciones iberas. Grupos aristocráticos, mediante el control de las vías de acceso a los recursos foráneos y otros mecanismos de dominio social, sustrajeron gradualmente la propiedad de los instrumentos agrarios y artesanales al resto de la comunidad (Curià *et alii* 2000). En el seno de los *oppida* más importantes se observa que los grupos dominantes de la sociedad incrementaban sus posesiones, su presencia y, consecuentemente, su poder en el interior de los poblados, aumentando el área de sus viviendas a expensas del desplazamiento de segmentos de la población a unidades residenciales menores, dispersas, de pequeña extensión y, generalmente, carentes de sistemas defensivos. Tanto en estas últimas como en los asentamientos principales, los *oppida*, dominaba una arquitectura doméstica de casas de planta rectangular, de muros con fundamentos de piedra, ordenadas a lo largo de calles que se adaptaban a la topografía local. Normalmente se trata de casas de tamaño reducido, con una o dos habitaciones, pero la creciente desigualdad social se manifiesta en algunos de los poblados más importantes por la aparición de edificios complejos asociados a espacios relacionados con prácticas culturales pero que también presentan áreas destinadas a

tareas productivas relacionadas con las actividades de mantenimiento, como la transformación de alimentos, la producción textil y el almacenamiento.

En el Puig de Sant Andreu, en Ullastret, a unos 15 km al sur de la colonia griega de Empúries, una de esas casas estaba situada junto a la muralla occidental del poblado. Presenta una gran sala de más de 60 m², precedida por una entrada de carácter monumental, formada por un pórtico y un patio de acceso empedrado con losas entre las que se encontraron muchos materiales cerámicos, objetos de bronce y hierro y restos de cráneos humanos (Figura 4). La aparición de fragmentos de mandíbulas y de cráneos humanos no es excepcional en los poblados ibéricos de esta zona, así como en los del sur de Francia. Las diferentes hipótesis referentes a estos hallazgos son interpretaciones que van desde la veneración a los antepasados hasta considerarlos trofeos de guerra. Este conjunto de estancias ha sido interpretado como una gran sala de reuniones, probablemente con usos rituales y de representación. El resto de las habitaciones de la casa aparecen distribuidas en tres hileras, orientadas de este a oeste. Las que ocupan la zona occidental de la casa daban a un patio



Fig. 4. Planta de la fase VI (325-225 a.C.) de la Zona 6 del yacimiento de Ullastret (Girona) (Martín 2000: 74, fig. 7.12).

donde se localizó un horno metalúrgico circular de arcilla junto al que aparecieron numerosas escorias de metal. En la hilera central de estancias, otros dos hornos dedicados a la cocción de alimentos se hallaban cerca de un pequeño recinto dedicado al almacenamiento, junto con numerosos fragmentos de ánforas púnicas, un mortero de piedra arenisca y piezas de cerámica de cocina. Probablemente se trataba de la zona de la casa dedicada a la preparación de los alimentos. Esta casa compleja tiene paralelos en el mismo Puig de Sant Andreu, en un edificio que rodea un patio porticado en el ángulo suroeste de la muralla. En ambos casos se trata de estruc-

turas que pueden fecharse en el siglo III a.C. (Martín 2000).

A unos 500 m. al NE del Puig de Sant Andreu se encuentra el poblado de la Illa d'en Reixac, coetáneo y perteneciente probablemente a la misma comunidad, cuya primera ocupación se remonta, como ya hemos comentado anteriormente, al siglo VII. En la ladera sur, junto al paramento de la muralla que rodeaba al asentamiento, se excavó un edificio de gran tamaño (unos 1000 m² de superficie total), también del siglo III a.C. limitado por calles. Consta de un conjunto de habitaciones que rodean por tres lados un gran patio. En el lado norte encontramos el mayor número de habita-

ciones dispuestas en hilera que se extienden a todo lo largo del edificio y, en su mayor parte, se abren al patio o a la zona de entrada al mismo. Tres de ellas tienen un pórtico sostenido por columnas de madera y base de piedra. En una de las habitaciones se encontró un gran número de piezas de cerámica, vajilla de mesa y ánforas de diversas procedencias. Además se encontraron varias fusayolas y una pesa de telar. En el lado oeste, cuatro estancias usan la muralla como pared trasera y se vuelven también al patio central, al igual que

las habitaciones del lado este, quizás una especie de pórtico. En el espacio de circulación o corredor, el suelo estaba enlosado mediante piedras de pequeño tamaño conservadas de forma desigual. En el centro de la zona la disposición del enlosado permite suponer la existencia de una puerta de cierre del edificio. En una de las estancias mayores se hallaron elementos de carácter cultural-fosas con restos de ovicápridos y vasos cerámicos rituales, además de una pequeña habitación adosada destinada al depósito de ofrendas (Martín *et alii* 1997).

También en el asentamiento de Mas Castellar, situado en el extremo occidental de la llanura ampurdanesa, se han localizado casas complejas. La de mayor tamaño tiene una habitación porticada y asociada a elementos culturales del mismo tipo: cráneos, armas y contenedores cerámicos rituales (Figura 5). Además son numerosos los contenedores asociados a actividades culinarias: vasos destinados a la cocción, servicio de mesa y, sobre todo de bebida, lo que ha permitido sugerir la posible asociación de la preparación y consumo de alimentos y de bebida

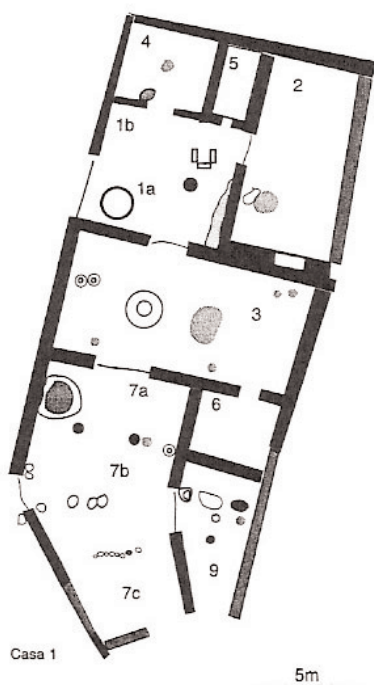


Fig. 5. Casa 1 del yacimiento de Mas Castellar del siglo IV a.C. (Pontós, Girona) (Blasco i Buxó 1998: 42).

con prácticas religiosas y, probablemente políticas. De hecho, se ha sugerido que la presencia de este tipo de servicios cerámicos en los poblados ibéricos de la zona de influencia de Empúries podría responder a la adopción por parte de las elites locales de usos cercanos al del simposio de tipo griego (Olmos 1985). Desde la sala principal se abría a un vestíbulo porticado que daba acceso a un patio y donde se encontró un horno de pan asociado a molinos rotatorios y barquiformes, y a restos de fauna y de vajilla de mesa. En otras estancias de la casa se realizaban también tareas ligadas al procesado de los cereales y a producción textil. De hecho, en un trabajo anterior proponíamos que la recurrencia a cierta escala de artefactos relacionados con la producción de tejidos y la transformación de cereales en las casas de mayor tamaño de algunos poblados ibéricos catalanes, respondería a la aparición de formas de control aristocrático sobre algunas tareas propias de la esfera de las actividades de mantenimiento. Se trataría de procesos similares a los que se han señalado en contextos históricos diferentes (Hastorf 1991; Brumfiel 1991) en los que los cambios políticos que llevaron a la centralización del poder político coincidieron, entre otras cosas, con un incremento de la

productividad de los trabajos realizados por mujeres.

En todo caso, parece que la aparición de estructuras arquitectónicas complejas en los poblados ibéricos hacia los siglos IV-III a.C. pudo tener consecuencias importantes para la estructuración espacial de las actividades de mantenimiento. En todos los casos mencionados, en el Puig de San Andreu, la Illa d'en Reixac y Mas Castellar, las plantas de las casas grandes presentan zonas de patio que actúan como espacios de entrada, y posiblemente de control, de la circulación interior de las viviendas. La relación entre el patio y las habitaciones principales se da en forma de pórtico, frecuentemente con columnas. Es un tipo de estructura que se asocia también, en algunos casos, a las casas comunes de menor tamaño como sucede en el pequeño poblado del Puig Castellet de Lloret de Mar, donde la antesala porticada de muchas de sus viviendas puede haber tenido una función similar a la que apuntamos en el caso de las casas complejas (Pons y Llorens 1995) (Figura 6). Además, mientras en los poblados del final del Bronce es frecuente la existencia de una zona donde se concentran los hornos de uso comunitario, la pauta general en los poblados ibéricos es que

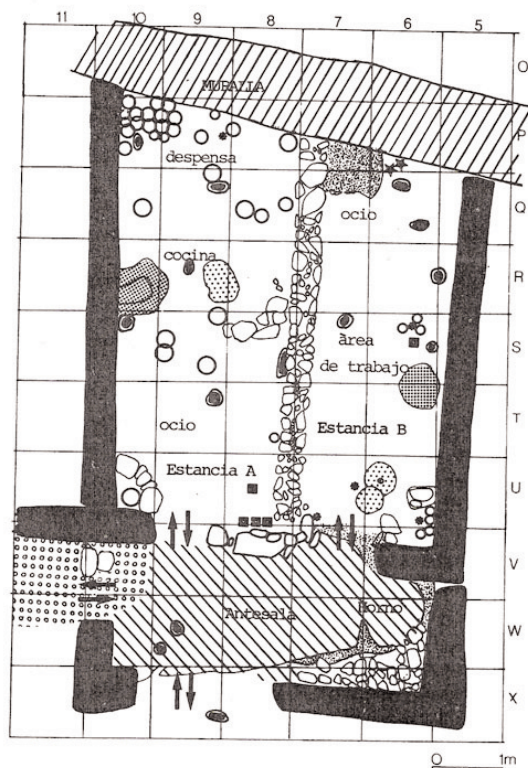


Fig. 6. Casa 3 del yacimiento de Puig Castellet (Lloret de Mar, Girona) (Llorens et alii 1986: 253, fig. 7).

cada casa tenga un horno para la cocción. De modo que, probablemente, las mujeres realizaban la mayor parte del procesamiento de alimentos de forma aislada, en el contexto doméstico, frente a la mayor movilidad que habría implicado la realización comunitaria de las actividades propia de los espacios abiertos de los poblados del Bronce Final.

La ordenación de las casas complejas de los poblados ampurdaneses presenta similitudes bien conocidas con las casas griegas,

que, en el período clásico, pese a la gran diversidad, tenían rasgos comunes. Incluso las casas pequeñas tienen un espacio al aire libre, en forma de patio, que usualmente se sitúa en el centro o en la parte meridional de la casa y está rodeado por el resto de las habitaciones. Es un elemento esencial en la organización del espacio porque da acceso al interior de la casa desde el mundo exterior, desde la puerta que da a la calle y sirve de espacio de comunicación entre las diferentes zonas de la casa. Una

zona porticada corre al menos en uno de sus lados, protegiendo las entradas a algunas de las habitaciones principales. Tanto el patio como ese pórtico eran usados para diversas actividades domésticas. En algunos casos puede detectarse el bloqueo de las líneas de visibilidad desde la puerta hacia el interior de la casa. En la zona más interior se encontraban espacios como el llamado complejo *oecus* formado por una habitación principal, una cocina y un respiradero de humos, así como un pequeño baño. En general, puede afirmarse que la estructura de la casa estaba dirigida a controlar el acceso físico e incluso visual del edificio. Se trataría de regular las posibilidades de contacto entre algunos miembros de la familia que ocupaba la casa (especialmente las mujeres) y los visitantes masculinos no pertenecientes al ámbito familiar (Nevett 1995). En Roses y Empúries, este modelo arquitectónico está documentado al menos desde el siglo IV a.C. y es probable que tuviera funciones sociales similares a las de las ciudades griegas orientales.

Parece, por tanto, probable la influencia de la arquitectura doméstica colonial griega sobre los cambios de las casas ibéricas a lo largo de los siglos IV y III a.C., momento de máximo desa-

rollo de los intercambios de todo tipo entre las dos comunidades.

Conclusiones

Es posible que la expansión de la producción agrícola, del almacenamiento y del procesamiento primario del grano en las zonas aluviales prelitorales del noreste de la Península Ibérica fuera estimulada por la iniciación de conexiones de intercambio fuera de la región. Por tanto, la razón del claro incremento de la producción cerealística puede relacionarse con los acontecimientos históricos generales que afectaron a este parte del mundo mediterráneo durante el período. Pero a la vista de los datos disponibles, es también probable que ese proceso sólo fuera posible debido a un cambio radical de los valores sociales que estructuraban hasta entonces a esas comunidades campesinas. La extensión de esas modificaciones en el modelo reproductivo de la Primera Edad del Hierro se demuestra en el propio hecho de que la ocupación de este período en todos los asentamientos conocidos es extremadamente corta, lo que puede ser interpretado como un período de rápido cambio entre estrategias sociales opuestas debido al colapso de las condiciones sociales previamente responsables del sostenimiento de

la red de relaciones que constituían la estructura socio-económica, y su sustitución por liderazgos orientados hacia actividades no domésticas (Colomer *et alii* 1998).

La desaparición de los grupos del Hierro Inicial, con sus orígenes en la tradición neolítica, y la introducción de nuevas formas de organización ibéricas a lo largo de la costa catalana, proporciona indicios de las repercusiones que tuvo este cambio hacia mediados del Ier milenio a.C. cuando la presencia colonial griega adquiriría toda su fuerza con el establecimiento y crecimiento de Empúries.

En los últimos años, se han publicado diversos trabajos sobre la influencia colonial en aspectos no meramente de adopción de tecnologías o motivos artísticos, sino en la transmisión de complejos mecanismos culturales como los rituales (Dietler 2005). Son perspectivas de análisis que enfatizan el hecho de que las relaciones entre culturas que se producen como consecuencia de los procesos coloniales responden, en los casos históricos concretos, a procesos de transformación y manipulación que llevan a cabo individuos o grupos con intereses y estrategias de acción diversas (Dietler 2005). Los

“nativos” usaban los contactos exteriores para sus propias agendas políticas y les daban nuevos sentidos culturales que se adaptasen a su propia escala de valores. Y esto incluso cuando esa adopción de elementos culturales implicasen transformaciones: las innovaciones habrían de ajustarse a la lógica propia de la cultura que las adoptaba.

La *hibridación cultural* es un concepto que ha aparecido en la bibliografía reciente de estudios coloniales (Bhabha 1990) para analizar las interrelaciones de las actividades humanas en situaciones coloniales, señalando que a menudo nos encontramos ante una mezcla de diferencias y similitudes que relaciona entre sí los contextos colonial e indígena sin hacerlos exactamente iguales entre sí. Esto significa que a partir de las normas coloniales y las percepciones indígenas la gente desarrolla nuevas normas e “inventa” nuevas tradiciones peculiares a cada situación colonial. Se enfatiza la participación activa de la gente en estos procesos, cuando deciden, por ejemplo, abandonar una forma de vivienda por otra. De esa forma, podríamos proponer que en los poblados ibéricos del nordeste de Cataluña parece haberse decidido abandonar una determinada forma de organiza-

ción del espacio de las actividades de mantenimiento por otra procedente del entorno colonial. Lógicamente, esto no quiere decir que simplemente se adoptasen en su totalidad los sentidos y valores originales, en este caso, los relacionados con la ideología griega de las relaciones entre los sexos. Con todo, las casas ibéricas tampoco son una reelaboración de las del Bronce Final, porque la adopción de una nueva forma de organización del espacio doméstico cambió de forma substancial la movilidad interior, sobre todo, la que afectaba a quienes llevaban a cabo las prácticas sociales ligadas a las actividades de mantenimiento, y probablemente también la propia valoración de esas prácticas y tareas que pasaron a ser "invisibles". Podemos evaluar la diferencia para las mujeres que en la etapa anterior realizaban las diversas fases del procesamiento de los alimentos, y otras actividades en un espacio doméstico abierto al exterior, porque el espacio de las actividades de mantenimiento era prácticamente todo el espacio del poblado. En cambio, en el período ibérico, progresivamente, esas tareas y prácticas sociales se ven reducidas al espacio interior de las viviendas en las que es posible que surgieran mecanismos de control al acceso que limitarían la autonomía de las

mujeres. En el caso de Ullastret y Pontós, probablemente, se trataría de los intereses de las élites locales que adoptarían nuevos tipos de organización de sus casas como una forma de asegurar su posición dominante en sus propias comunidades. Y sería en esas viviendas mayores y más ricas donde comenzaría un proceso de cambio en la localización de las tareas que mayoritariamente realizaban las mujeres y que llevaría a su limitación al espacio interior, con mayores restricciones para la participación colectiva y la movilidad y, seguramente, con la emergencia de nuevas pautas de comportamiento social basadas en la diferencia sexual en las actividades productivas.

Es por medio de la búsqueda de estas razones de la micropolítica como resulta comprensible que se sucedan y substituyan modelos de organización de las actividades de mantenimiento, de las actividades de las mujeres, de carácter tan radical como la que se inician las comunidades de la Primera Edad del Hierro a lo largo de la costa catalana. En este caso, como en otros muchos de transición entre formas de organización socio-política, el ritmo y las consecuencias de las transformaciones macroeconómicas y de las estructuras sociales sólo pueden entenderse his-

tóricamente si se consideran de forma prioritaria los cambios que afectaron a las prácticas cotidianas de los grupos humanos.

Bibliografía

Allison, P.M. (ed.) 1999. *The Archaeology of Household Activities*. Londres y Nueva York: Routledge.

Bhabha, H. K. 1990. *Nation and Narration*. Londres y Nueva York: Routledge.

Blasco, S.; Buxó, R. (coords.) 1998. El graner de l'Empordà. Mas Castellar de Pontós a l'edat de Ferro. Girona: Museu d'Arqueologia de Catalunya - Museu d'Arqueologia de Girona.

Brumfield, E.M. 1991. Weaving and cooking: women's production in Aztec Mexico. En J.M. Gero y M.V. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*. Oxford: Blackwell, pp. 224-251.

Buxó, R.; Pons, E.; Vargas, A. 1998. *El graner de l'Empordà. Mas Castellar de Pontós a l'edat del Ferro*. Girona: Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona.

Colomer, L., González Marcén, P., Montón, S. 1998.

Maintenance activities, technological knowledge and consumption patterns: a view from northeast Iberia. *Journal of Mediterranean Archaeology* 11, pp. 53-80.

Curià, E.; Masvidal, C.; Picazo, M. 2000. Desigualdad política y prácticas de creación y mantenimiento de la vida en Iberia septentrional. *Arqueología Espacial* 22, pp. 107-122.

Dietler, M. 2005. The Archaeology of Colonization and the Colonization of Archaeology: Theoretical Challenges from an Ancient Mediterranean Colonial Encounter. En G. Stein (ed.), *The Archaeology of Colonial Encounters. Comparative Perspectives*. Santa Fe: School of American Research Publication, pp. 33-68.

Frances, J., Carlús, X., Martín, X. 1995. Noves dades sobre l'assentament ibèric de Can Xercavins (Cerdanyola del Vallès, Vallès Occidental). *Limes* 4-5, pp. 45-62.

Frances, J.; Pons, E. 1998. L'hàbitat del Bronze Final i la Primera Edat del Ferro a la Catalunya litoral y prelitoral. *Cypsela* 12, pp. 31-46.

Gilchrist, R. 1994. *Gender and material culture. The*

archaeology of religious women. Londres: Routledge.

González Marcén, P.; Martín, A.; Mora, R. (coords.) 1999. *Can Roqueta. Un establiment pagés prehistòric i medieval.* Barcelona: Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya.

González Marcén, P.; Masvidal, C. 1999. Dinámica de organización del espacio en el asentamiento de Can Roqueta (Sabadell, Barcelona), 2000-500 a.n.e. *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III – Primer Milenio y Metodología.* Zamora-Alcalá de Henares, Fundación Rei Afonso Henriques.

González Marcén, P.; Picazo, M. 2005. Arqueología de la vida cotidiana. En M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y Género.* Granada: Universidad de Granada, pp. 141-158.

Hastorf, C.A. 1991. Gender, space and food in Prehistory. En J.M. Gero y M.V. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory.* Oxford: Blackwell, pp. 132-162.

Hendon, J.A. 1996. Archaeological approaches to the organization of domestic labor: Household Practice and Domestic Relations. *Annual Review of Anthropology* 1996, pp. 45-61.

Hernando, A. 2002. *Arqueología de la Identidad.* Madrid: Akal.

Johnson, A. W.; Earle, T. 2003. *La evolución de las sociedades humanas.* Barcelona: Ariel.

López, F.J. 2005. *La necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell) en el contexto del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Vallès: estudio de los materiales cerámicos.* Tesis Doctoral. Barcelona: Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia, Universitat de Barcelona.

López, J.B. 1999. Evolució general de l'estratigrafia i l'urbanisme. En *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixach (1986-1992).* Monografies d'Ullastret 1. Ullastret: Museu d'Arqueologia de Catalunya, pp. 315-19.

Lyons, D. 1991 The Construction of Gender, Time and Space. En D.Walde y N.D. Willows (eds.), *The Archaeology of Gender.* Calgary: The University of Calgary, pp. 108-114.

Llorens, J.M.; Pons, E.; Toledo, A. 1986. La distribución del espacio en el recinto fortificado ibérico de "Puig Castellet" (Lloret de Mar - La Selva, Girona). *Arqueología Espacial* 9, pp. 237-256.

Marcet, R.; Petit, M.A. 1985. Assentaments a l'aire lliure de la comarca del Vallès. Del Neolític al Bronze Final. *Estudios de la Antigüedad* 2, pp. 93-133.

Martín, A. 2000. L'oppidum del Puig de Sant Andreu d'Ullastret. Aportació de les intervencions arqueològiques recents al coneixement dels sistemes defensius i de l'urbanisme. En R. Buxó y E. Pons (eds.), *L'Habitat protohistòric a Catalunya, Roselló i Lluçanès Occidental. Actualitat de l'Arqueologia de l'Edat del Ferro*. Girona: Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona, pp. 107-121.

Martín, A.; Mataró, M.; Caravaca, J. 1997. Un edifici cultural de la segona mitad del segle III a.C. a l'Illa d'en Reixac (Ullastret, Girona). *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló* 18, pp. 43-70.

Martín, A. et alii 1999. *Excavacions arqueològiques a l'Illa d'en Reixac (1986-1992)*. Monografies d'Ullastret 1. Ullastret: Museu d'Arqueologia de Catalunya.

Montón, S. 2005. Las prácticas de alimentación: cocina y arqueología. En M. Sánchez Romero (ed.), *Arqueología y Género*. Granada: Universidad de Granada, pp. 159-175.

Nevett, L. 1994. Separation or seclusion? Towards an archaeological approach to investigating women in the Greek Household in the fifth to third centuries. En M. Parker Pearson y C. Richards (eds.), *Architecture & Order. Approaches to Social Space*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 98-112.

Nevett, L. 1995. The organisation of Space in Classical and Hellenistic Houses from Mainland Greece and the Western Colonies. En N. Spencer (ed.), *Time, Tradition and Society in Greek Archaeology*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 88-108.

Olmos, R. 1985. The assimilation of Classical Iconography in the Iberian World. *XII Congress of Classical Archaeology* I, Athens, pp. 191-196.

Olmos, R.; Griño, B. 1985. El entorno pónico y la Península Ibérica. Aportaciones iconográficas al problema de la helenización en Iberia y en el mundo escita. *Archeologia. Rocznik* 36, pp. 15-33.

Picazo, M. 1997. Hearth and home: the timing of maintenance activities. En J. Moore y E. Scott (eds.), *Invisible*

People and Processes: Writing Gender and Childhood into European Archaeology. Londres: Leicester University Press, pp. 59-67.

Pons, E. 1984. *L'Empordà de l'Edat del Bronze a l'Edat del Ferro*. Girona: Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona.

Pons, E. 1986. El pas de l'edat del bronze a la del ferro a Catalunya. *Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* 6. Puigcerdà: Institut d'Estudis Ceretans, pp.15-27

Pons, E.; Llorens, J.M. 1995 L'organització de l'espai domèstic a Puig Castellet. Lloret de Mar-la Selva. *Cypsela* IX, pp. 95-110.

Pons, E. (ed.) 2002. *Mas Castellar de Pontòs (Alt Empordà). Un complex arqueològic d'època ibèrica (Excavacions 1990-1998)*, Girona: Museu d'Arqueologia de Catalunya-Girona.

Reverby, S.M.; Nelly, D.O. 1992. Introduction: Converging on History. En D O.Nelly y S. M. Reverby (eds.), *Gendered Domains. Rethinking Public and Private in Women's History*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, pp. 1-24.

Spector, J.D. 1983. Male/Female Task Differentiation among the Hidatsa: Toward the Development of an Archaeological Approach to the Study of Gender. En P. Alberts y B. Medicine (eds.), *The Hidden Half. Studies of Plains Indian Women*. Washington: University Press of America, pp. 77-99

Spector, J.D. 1991. What this awl means: toward a feminist archaeology. En J.M. Gero y M.V. Conkey (eds.), *Engendering Archaeology. Women in Prehistory*. Oxford: Blackwell, pp. 388-406.

Stein, G. (ed.) 2005. *The Archaeology of Colonial Encounters. Comparative Perspectives*. Santa Fe: School of American Research Publication.

Notas

¹ No es extraño que en la mitología griega, la divinidad femenina más estrechamente ligada al hogar sea la diosa Hestia, la que nunca se mueve y simboliza los valores ligados a la feminidad griega.

² El énfasis es nuestro.

